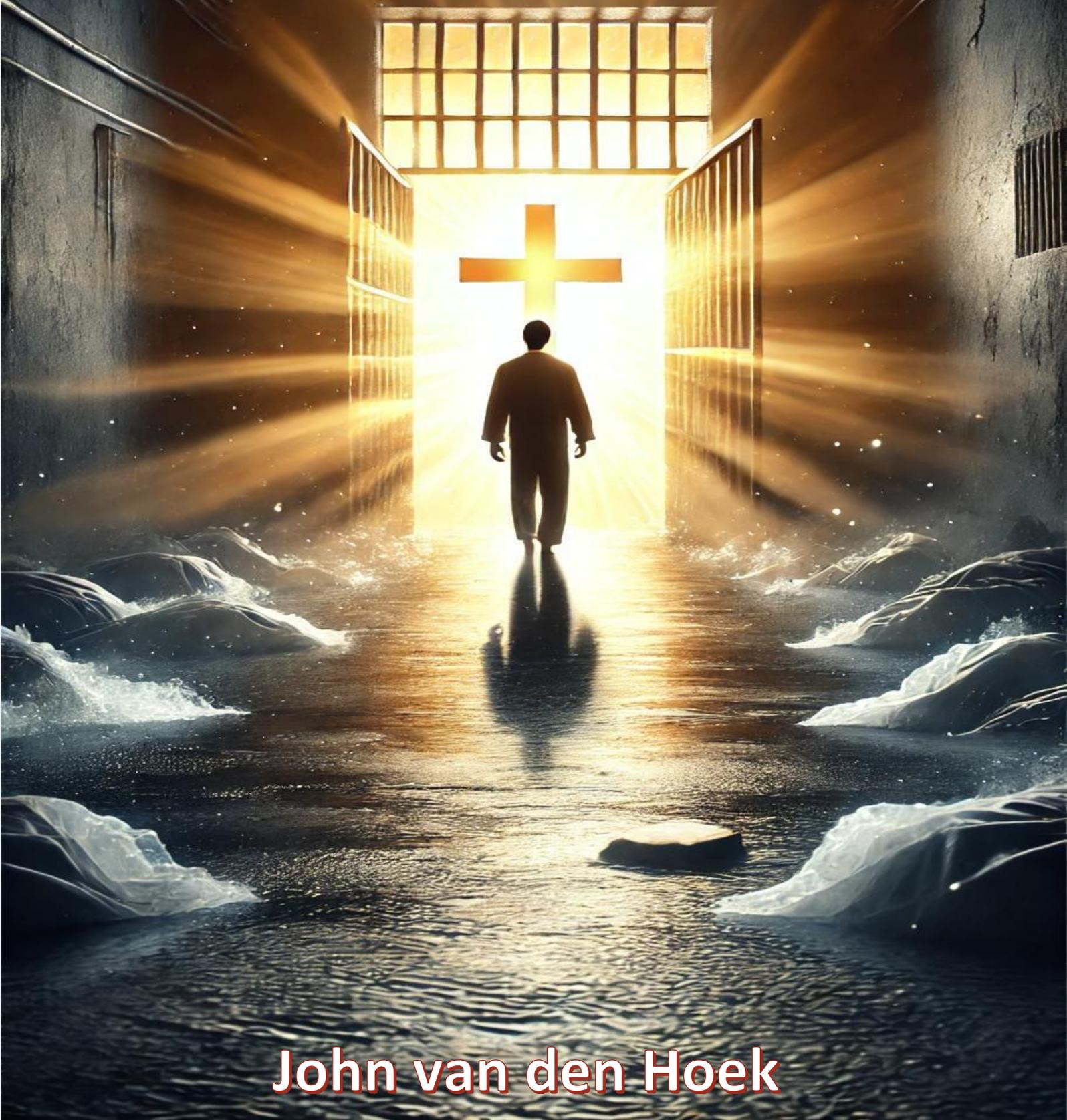


DE LA PRISIÓN A LA GRACIA

Una historia real de rescate, transformación y la gracia de Dios



John van den Hoek

PRÓLOGO

"Este libro nació de mi propio viaje desde la quebrantación hacia la restauración. Es mi testimonio de la gracia y el poder de Dios para transformar vidas. Mi oración es que te inspire, anime y muestre que siempre hay esperanza, por muy profunda que parezca la oscuridad. Que este relato toque tu corazón y te acerque a la verdad que realmente libera."

Todas las citas bíblicas de este libro provienen de la versión Reina-Valera 1960, a menos que se indique lo contrario.

John van den Hoek

De la Prisión a la Gracia
info@life-church-aruba.org
www.life-church-aruba.org

ÍNDICE

Capítulo 1 — El comienzo.....	1
Reflexión — La palabra de dios en tu vida.....	4
Capítulo 2 — Rompiendo patrones profundos	6
Reflexión — Rompiendo cadenas antiguas	9
Capítulo 3 — El llamado de Jesús.....	11
Reflexión — La prisión del mundo	14
Capítulo 4 — Soledad, dolor y rechazo	17
Reflexión — Liberarse del dolor y la tristeza	20
Capítulo 5 — La decisión de seguir a Jesús	22
Reflexión — Un nuevo comienzo: esperanza en Cristo	25
Capítulo 6 — El llamado y la confianza en Jesús	27
Reflexión — Luz en la oscuridad	31
Capítulo 7 — De Aruba al mundo	34
Reflexión — Pequeños pasos, grandes promesas	38
Capítulo 8 — El gran milagro.....	41
Reflexión — Dios quiere usarte a ti.....	45
Epílogo — El final es solo el comienzo.....	47
Ayúdanos a compartir esta historia.....	48

CAPÍTULO 1 — EL COMIENZO

Lo primero que recuerdo es la sangre en la pared. Era pequeño, demasiado pequeño para entenderlo todo, pero lo suficientemente grande como para saber que eso no era normal. El olor del miedo flotaba en el aire. Mi madre lloraba, su voz temblaba de dolor y desesperación. Me apreté contra el suelo frío, mi corazón latía con fuerza en mi pecho. No sabía qué hacer, excepto esperar a que terminara.

En ese momento, siendo apenas un niño, decidí que nunca sería débil. Nunca más indefenso. Si nadie iba a protegerme, entonces yo mismo lo haría. Ese momento se convirtió en la primera piedra del muro que construiría alrededor de mi corazón. Un muro que me mantendría encerrado durante años. Fue un momento de decisión, pero también de impotencia, sin comprender del todo las consecuencias.

Crecí en un entorno que estaba lejos de ser “normal”. Fui criado en una atmósfera cargada de miedo, donde la ira de mi padre siempre estaba presente. El sonido de puertas que se cerraban con fuerza, las discusiones a gritos, las promesas rotas... esa era mi realidad. Aprendí desde muy pequeño que el silencio muchas veces significaba que algo malo estaba por suceder, y entonces me escondía. A veces sentía que el mundo era demasiado grande para que yo lo entendiera. Pero siempre podía oír la ira, ver el dolor en los ojos de mi madre y sentir el peso de todo.

Al mismo tiempo, comencé a convertirme en alguien que no reconocía. No solo tenía miedo, estaba enojado. Enojado con el mundo, con mi padre, con mi propia debilidad. Y esa

ira, en lugar de encontrar una salida saludable, se volvió hacia dentro. Se acumulaba, poco a poco, y yo la retenía. Me alimentaba. Me daba un propósito, una motivación para protegerme, para no dejar que nadie viera lo débil que realmente me sentía. Y en mi mente, la única forma de lograrlo era luchar. Luchar se convirtió en mi identidad. Mi manera de demostrar que era fuerte, incluso si eso significaba herir a otros o sufrir yo mismo.

Tenía seis años cuando me senté por primera vez en una iglesia. Los adultos a mi alrededor levantaban las manos, sus rostros reflejaban paz, y yo no lo entendía. No sabía qué estaban haciendo, pero sentía que había algo distinto en el ambiente. Había algo en sus ojos, algo que faltaba en mi vida. En ese momento, surgió un pensamiento silencioso en mi mente, algo que no podía explicar: *“Cuando sea grande, quiero seguir a Jesús.”* Se sintió como un sueño lejano, un pensamiento fugaz que pronto deseché.

Pasaron los años y me convertí en un luchador. No solo alguien que peleaba, sino alguien que creía que la fuerza física era lo único que importaba. Si era lo suficientemente fuerte, si peleaba lo suficiente, nadie podría hacerme daño. Nadie podría humillarme. Nunca permitiría que me quitaran el orgullo, y mis puños eran lo único que podía protegerme.

A los doce años, pelear ya no era solo una necesidad; era un estilo de vida. Ya no solo me defendía; buscaba el conflicto. Me daba una sensación de control, la idea de que no era débil, de que no era víctima de mis circunstancias. Cuanto más peleaba, más invencible me sentía. Pero la verdad era que con cada pelea, con cada victoria, el vacío dentro de mí se hacía más grande.

A los trece años encontré una nueva vía de escape: las drogas. Comenzó con algo pequeño, algo que mis amigos me ofrecieron. Un porro. Nada grande, solo algo para calmar los nervios. Pero en cuanto lo probé, ya no hubo vuelta atrás. Las drogas se convirtieron en mi forma de escapar del dolor. No se trataba solo de estar drogado; se trataba de huir. Huir del caos en casa, de la ira dentro de mí, del abrumador sentimiento de no ser suficientemente bueno, de no encajar. Las drogas me ayudaban a olvidar, aunque fuera por un momento, que era una persona rota.

A los dieciséis, usaba cocaína. El subidón era más intenso, el escape más profundo. Pero cada vez que usaba, el vacío volvía. Estaba atrapado en un ciclo de autodestrucción, creyendo siempre que el siguiente viaje me haría sentir mejor, pero eso nunca sucedía. Ninguna cantidad de droga podía llenar el vacío en mi interior. Y a medida que pasaban los años, me alejaba cada vez más del niño que una vez soñó con seguir a Jesús.

REFLEXIÓN — LA PALABRA DE DIOS EN TU VIDA

No importa de dónde vienes ni lo que has vivido; tal vez has pasado por experiencias similares a las mías, con miedos y dolores en las primeras etapas de tu vida.

Aun así, Dios nos recuerda que el temor no proviene de Él. Él no nos ha dado un espíritu de cobardía, sino algo mucho más grande: poder, amor y dominio propio. Dios quiere que vivas desde la fuerza y la confianza, no desde el miedo. Pase lo que pase en tu camino, no tienes que cargarlo solo, porque Él te ha fortalecido con Su Espíritu:

**"Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía,
sino de poder, de amor y de dominio propio."**

(2 Timoteo 1:7)

La vida tiene diferentes etapas, y tal vez ahora te sientas roto o te identifiques con ciertas luchas. Justo cuando te sientes roto, Dios quiere acercarse. Él no está ausente en tu dolor, sino que viene con consuelo y restauración:

"Él sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas."

(Salmo 147:3)

Piensa también en quienes te rodean y están atravesando tiempos difíciles. Pregúntate por quién podrías orar, y cómo podrías ser una fuente de apoyo. No hemos sido llamados a vivir la vida solos. Dios nos anima a apoyarnos unos a otros y a llevar las cargas con amor:

"Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo."

(Gálatas 6:2)

Recuerda que nunca es demasiado tarde para comenzar de nuevo o reordenar tu vida. Incluso si crees que has fallado o tropezado otra vez, la fidelidad de Dios sigue siendo nueva. Cada mañana es una oportunidad para recibir Su gracia:

"Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad."

(Lamentaciones 3:22-23)

No tienes que entenderlo todo ni tenerlo todo bajo control. Cuando aprendes a confiar en Dios, Él te mostrará el camino, incluso en las temporadas difíciles:

"Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia.

Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas."

(Proverbios 3:5-6)

Que estas palabras te animen a cobrar ánimo, tanto para ti mismo como para otros, y a confiar en el poder de Dios para restaurar y renovar.

CAPÍTULO 2 — ROMPIENDO PATRONES PROFUNDOS

La violencia se convirtió en mi lenguaje. Era la única manera que conocía para sobrevivir. En un mundo donde nadie me protegía, tuve que hacerlo yo mismo. En la escuela, en la calle, en todas partes buscaba confrontaciones. Me daba un propósito, una manera de sobrevivir, de suprimir el miedo a todo lo que ocurría fuera.

A los doce años, pelear no era solo algo que hacía cuando era necesario; se había convertido en un estilo de vida. No solo actuaba en defensa propia, sino que buscaba la confrontación. Si veía a alguien que me parecía una amenaza, para mí era natural reaccionar, asegurarme de que nadie pensara que tenía miedo. Había aprendido que la única manera de sobrevivir era siendo el más fuerte, sin mostrar debilidad. La adrenalina era mi amiga, era la única forma de silenciar el miedo que siempre estaba presente.

La primera vez que realmente peleé fue en la calle. No tenía idea de que ese momento definiría mi vida. Comenzó con una discusión, pero cuando se salió de control, sentí la necesidad de pelear. Era todo o nada. Los chicos que antes me veían pequeño ahora veían que yo era una fuerza con la que había que contar. Y cuando vi a ese muchacho tirado en el suelo, no sentí nada. Ni vergüenza, ni remordimiento. Solo orgullo. Se sintió bien. Se sintió como una victoria, como una fuerza que nunca antes había tenido. Fue la confirmación definitiva de mi identidad: no era débil, era alguien que imponía respeto.

Pero esa fue la primera etapa en el camino de la violencia. Pelear no solo era una forma de sobrevivir; se convirtió en mi forma de vivir. Cada confrontación me daba la afirmación que necesitaba. Me hacía sentir más fuerte. O eso creía. En realidad, me hacía

cada vez más dependiente de la violencia. Era la única manera en la que me entendía a mí mismo, la única forma en la que sentía que tenía algo bajo control. Pero, como toda adicción, siempre quedaba un vacío que la violencia no podía llenar.

Como ya conté, a los trece años comencé con drogas blandas. Parecía algo inofensivo, pero sentí que era la salida que tanto había buscado. Era una vía de escape de todo lo que me perseguía. Era el hijo de un padre violento y siempre estaba en guardia, buscando la próxima pelea, la próxima victoria.

Pero esa noche lo cambió todo. Me sentí relajado, libre por primera vez en años. El alcohol y las drogas me dieron lo que necesitaba. Me permitieron no pensar en mi pasado, en el dolor de mi niñez. Me hicieron sentir “completo” por un momento.

Esa libertad resultó ser una ilusión. Cada vez que consumía, el vacío regresaba. Y se hacía más profundo, como un pozo sin fondo que intentaba llenar con euforia, pero nunca era suficiente. La cocaína fue la adicción que más tarde me atrapó. No solo era una forma de escapar del dolor, sino también de suprimirlo, de esconder la rabia y la frustración. Pero cada vez que volvía a estar sobrio, me sentía aún más vacío. Era un círculo vicioso, una lucha que no podía ganar.

La tentación de escapar de la realidad era demasiado fuerte. Me hacía sentir que no dependía completamente del mundo que me rodeaba, que al menos tenía el control de algo. Pero en realidad, estaba más perdido que nunca. La adicción me dominaba, y cada día me alejaba más del niño que una vez se sentó en la iglesia pensando que quería seguir a Jesús.

La lucha interna era intensa. Un día sentía que lo tenía bajo control, y al siguiente, lo perdía todo. Sabía que no tenía futuro en ese mundo, pero sentía que estaba atrapado. Sentía que ya no podía volver a ser el muchacho que alguna vez tuvo esperanza. Ahora era el hombre que solo sabía perder. La violencia era mi única amiga, las drogas mi único escape, pero nada de eso me dio la satisfacción que buscaba. Al contrario, todo lo empeoraba. Cada vez que me perdía en ese mundo, el vacío se hacía más grande, hasta que quedé completamente atrapado.

REFLEXIÓN — ROMPIENDO CADENAS ANTIGUAS

Los patrones pueden estar profundamente arraigados en nuestras vidas. Se forman en nuestra juventud, infundido por experiencias, a veces por el dolor, a veces por el rechazo. Se entrelazan en nuestra manera de pensar, en nuestras reacciones, en la forma en que nos vemos a nosotros mismos y al mundo. Y muchas veces estamos atrapados en ellos sin darnos cuenta.

No sé por lo que tú estás pasando. No sé quién eres en este momento mientras lees esto. No sé qué máscaras has tenido que ponerte, qué cargas llevas o qué heridas arrastras. Pero sí sé esto: no es el propósito de Dios que vivas en cautiverio. Tal vez hoy te sientas quebrantado, con heridas profundas. Dios no te deja en esa condición, sino que promete sanidad y restauración:

"Él sana a los quebrantados de corazón, Y venda sus heridas."

(Salmos 147:3)

El plan de Dios para tu vida no es esclavitud, ni dolor, ni una repetición del pasado. El plan de Dios es libertad.

La Biblia nos muestra que Jesús vino a esta tierra con un propósito: libertarnos. No solo de nuestros pecados, sino también de los patrones que nos esclavizan. Jesús no vino únicamente a perdonar, sino también a romper las cadenas que te atan. Su libertad es real y completa:

"Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres."

(Juan 8:36)

Tal vez llevas años creyendo que no puedes cambiar. Tal vez oyes una voz que te dice: *"Yo soy así, no puedo ser diferente."* Pero eso es una mentira. Dios no te creó para vivir encadenado. Él te creó para ser libre.

La libertad es posible. Tú puedes romper con los patrones que te detienen. No tienes que seguir atrapado en el dolor del pasado. Ya no necesitas vivir atado a la adicción, al miedo o al rechazo. Jesús pagó el precio de tu libertad.

Espero que esto te ayude a ver que sí hay una salida. Dios tiene un plan para ti. La pregunta es: ¿tú también lo quieres?

CAPÍTULO 3 — EL LLAMADO DE JESÚS

La prisión era un mundo en sí mismo. Un mundo de lucha constante, no solo para proteger mi seguridad física, sino también para mantener el control sobre mi mente y mi alma. Cada día tenía que pelear por mi lugar, pero sentía que esa lucha me estaba destruyendo lentamente. Cuando cerraba los ojos, la rabia y el odio se acumulaban dentro de mí. Los muros de la prisión no eran solo físicos, también eran mentales. No había escapatoria. Solo la opción de sobrevivir.

Y sin embargo, no era solo la lucha de las peleas y la violencia. Había horas de silencio, momentos en los que agradecía la calma, pero también momentos en los que me sentía solo, a pesar de estar rodeado por cientos de otros presos. El silencio de esas noches a menudo era más duro que el ruido de las peleas. Era en ese silencio cuando los recuerdos de mi pasado y mis errores volvían a la superficie. Los momentos en que peleaba con mi padrastro, cuando veía llorar a mi madre, cuando yo mismo lloraba de desesperación — todo volvía. En ese silencio no había escape, no había un lugar donde esconderme. Siempre estaba allí, esa sensación de no saber quién era realmente.

El cuchillo que había fabricado me daba una falsa sensación de control, pero no me traía paz interior. Era lo único que tenía para protegerme, pero ¿de qué me protegía realmente? ¿Del miedo a los demás, o de mi propio miedo a mí mismo? Cada noche que sostenía ese cuchillo, me sentía más fuerte, pero cada día, cada decisión que tomaba para mantener mi poder, me hacía más débil por dentro. Estaba atrapado en la ilusión de la fuerza.

Un día me encontré con un viejo amigo, un hombre que conocía de fuera de la prisión. También estaba preso. Al verlo, pensé que tal vez podríamos idear un plan para sobrevivir mejor. Pero él había cambiado. No físicamente, sino en su corazón. Estaba tranquilo, sereno. Hablamos un rato, pero sus palabras no lograban penetrar en mí. Estaba demasiado lejos de lo que él tenía. Hablaba de cambio, de cómo había entregado su vida a Dios. Yo no podía entenderlo. ¿Cómo podía creer en algo así, cuando yo mismo estaba atrapado en la cárcel de mis propios pensamientos?

Pero lo que más me impactó fue su paz. Él tenía algo que yo no tenía: paz.

Ese día empecé a dudar de todo lo que había construido en prisión. El control, la violencia, el cuchillo — todo parecía sin sentido. Empecé a entender que había dedicado toda mi vida a sobrevivir, pero nunca había vivido realmente. Sentía que me había encerrado a mí mismo, no solo en la cárcel, sino en mis propias decisiones. Había herido a tantas personas, había cerrado tantas puertas... ¿y qué había conseguido? En el silencio de mi celda comprendí que no era la fuerza lo que iba a salvarme, sino algo completamente distinto.

Finalmente entendí que el dolor que sentía no provenía solo de la prisión, sino de todo lo que había vivido y nunca había soltado. El odio, la ira, las adicciones — me habían tenido prisionero durante años. Pero ahora sentía, incluso dentro de esa celda agobiante, que algo comenzaba a cambiar. La idea de que había algo más, de que existía el perdón, de que no estaba condenado a pelear para siempre, comenzaba a asimilarse poco a poco. Tal vez había llegado el momento de soltarlo todo, de dejar de estar preso en el ciclo de la violencia.

En ese mismo tiempo, mientras iba entendiendo más, se me acercó otro prisionero. No era un hombre grande ni físicamente impresionante, pero había algo en sus ojos que me intrigaba. Me preguntó si me interesaba el “negocio” del contrabando. Las drogas siempre habían sido una forma de ganar dinero, pero esto era diferente. Me habló de una manera de introducir grandes cantidades dentro de los muros de la prisión.

Pero por primera vez no sentí el impulso de aceptar. En lugar de eso, sentí miedo — no de la cárcel, sino de mi propio deseo de control. ¿Qué estaba a punto de hacer? ¿Seguiría en el mismo ciclo? ¿O encontraría el valor para romperlo?

Esa decisión, ese momento de elección, me llevó a un conflicto interno. La fuerza que creía tener empezaba a desvanecerse. ¿Estaba dispuesto a vivir de otra manera? ¿Tenía realmente la fuerza para dejar atrás a la persona que había sido? Esta era la batalla que debía enfrentar, no con otro, sino conmigo mismo.

REFLEXIÓN — LA PRISIÓN DEL MUNDO

La prisión. Tal vez esta palabra te despierta muchas preguntas. Pero si somos sinceros, el mundo en sí es una especie de prisión. Una prisión de poder, dinero, estatus, la necesidad de ser mejor que los demás, corrupción y la búsqueda de deseos mundanos. Todos estamos atrapados en estas cadenas, atrapados en una “verdad” que necesitamos soltar. Somos cautivos de lo que el mundo considera importante, pero esa no es la verdad que Dios tiene para nosotros.

Quizás has intentado encontrar tu camino en un mundo lleno de presión, expectativas y deseos de aprobación. Pero la sabiduría de Dios nos muestra otro camino, un camino de verdad, protección y entendimiento:

**"Porque Jehová da la sabiduría,
Y de su boca viene el conocimiento y la inteligencia.
Él provee de sana sabiduría a los rectos;
Es escudo a los que caminan rectamente."**

(Proverbios 2:6–7)

Dios tiene un plan más grande para nuestras vidas. Él quiere hacer brillar Su luz en este mundo oscuro — a través de ti y de mí. En lugar de estar atados a la prisión de este mundo, Dios nos llama a ser portadores de Su verdad y de Su luz.

Imagínate esto: ¿Y si tú eres esa pequeña antorcha, esa sola vela, que puede sacar a alguien de la oscuridad? ¿Y si tú eres el único en tu entorno que puede reflejar esa luz a

alguien que vive en tinieblas? Tal vez en tu familia, en tu trabajo, en tu círculo de amigos... puede que tú seas el único que pueda marcar la diferencia. Has sido llamado a ser una luz visible en este mundo, un faro de esperanza y verdad para quienes viven en oscuridad. Dios no te ha colocado donde estás por casualidad; Él quiere que tu vida refleje visiblemente Su amor:

**"Vosotros sois la luz del mundo;
una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder."**

(Mateo 5:14)

Tú tienes la luz de Jesús en ti. Esta luz es más fuerte que toda la oscuridad que te rodea. Puedes hacer la diferencia. Incluso si el mundo está lleno de tinieblas, tu vida puede ser ese único punto de luz al que alguien mire y encuentre el camino hacia Jesús. Si la luz de Dios vive en ti, también debe brillar a través de ti. Es una luz que no solo disipa la oscuridad, sino que revela quién es realmente Dios:

"Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos:

Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él."

(1 Juan 1:5)

Tú puedes ser esa luz que ayuda a otros a encontrar el camino hacia la verdad de Dios. No tienes que ser perfecto, pero puedes ser un ejemplo del amor y la gracia que tú mismo has recibido de Él.

Dios no solo nos llama a recibir Su luz, sino también a compartirla. ¿Y si tú eres el único en tu familia que puede llevar esa luz? ¿Y si tú eres la persona que puede mostrar a otros lo que significa vivir en la libertad y verdad de Dios? No es una tarea pequeña, pero es el llamado que Dios tiene para ti. Si la luz de Dios se hace visible en ti, puede ser una invitación para que otros también lo busquen. A través de tu vida, las personas pueden ver algo del amor, la verdad y la bondad de Dios:

**"Así alumbre vuestra luz delante de los hombres,
para que vean vuestras buenas obras,
y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos."**

(Mateo 5:16)

El mundo necesita tu luz. Las personas que te rodean la necesitan. ¿Estás dispuesto a dejar que tu luz brille? ¿Estás dispuesto a marcar la diferencia, aunque seas el único que lleve esa luz? Tu luz puede liberar a alguien más.

CAPÍTULO 4 — SOLEDAD, DOLOR Y RECHAZO

La prisión era un mundo en sí mismo. No solo era el espacio físico lo que me mantenía encerrado, sino también el espacio dentro de mi mente. Las paredes de mi celda no eran nada comparadas con los muros que había construido en mi corazón. La soledad que siempre había sentido, que había intentado reprimir, ahora salía a la superficie.

Era el dolor de no ser visto, de no ser comprendido, el dolor de vivir siempre en las sombras. No me sentía solo por la falta de personas a mi alrededor, sino porque nunca sentí que realmente pertenecía a algún lugar. El rechazo que experimenté en mi niñez era un compañero constante que nunca me abandonó.

Mi padrastro siempre fue una figura a distancia. Su presencia era física, pero emocionalmente era casi siempre inalcanzable. Aprendí desde temprano que no debía esperar amor ni apoyo de su parte, que debía ser fuerte por mí mismo, porque nadie más lo sería por mí. Y aunque siempre lo vi como mi padre, cada vez me sentía más como un extraño en su casa.

El rechazo que sentía de él se amplificaba por su silencio y su indiferencia. Ese sentimiento, ese dolor, me acompañó durante toda mi vida. Era una tristeza que nunca logré comprender del todo, pero que siempre sentí profundamente.

La prisión, para mí, se sentía como un reflejo de mi mundo interior. Estaba rodeado de personas, y aun así me sentía invisible. Al mirar a los demás prisioneros, veía hombres

luchando sus propias batallas, pero yo sentía que era el único que realmente estaba buscando algo por lo cual vivir.

La idea de que no podía avanzar solo a través de la lucha empezó a hacerse más clara. ¿Qué había logrado realmente? ¿Solo alimentar mis miedos y mi rabia?

Recuerdo los días que pasaban frente a mis ojos en la celda. Las paredes, que al principio veía como una protección, ahora comenzaban a asfixiarme. Estaba atrapado en un mundo de pensamientos que se deterioraba cada vez más. Siempre había intentado construir mi identidad a través de la violencia y la intimidación, pero ahora sentía cómo esas mismas cosas me estaban destruyendo.

La fuerza que creía tener era, en realidad, la cadena que me mantenía atado. Día tras día luchaba, pero era la lucha equivocada. Luchaba por dominar a otros, en vez de liberarme a mí mismo.

Y mientras estaba allí, atrapado en mis pensamientos, llegó la comprensión de que debía existir otra manera. Que tal vez la solución a mi lucha no estaba fuera, sino dentro de mí. Tal vez, solo tal vez, debía aprender a perdonarme por todo lo que había hecho.

El dolor, el rechazo, la lucha — quizás todo esto era una forma de enseñarme que la verdadera fuerza viene de aceptar quién soy. No era un pensamiento fácil, pero sentí que era el primer paso hacia algo diferente. Y mientras estaba allí, en mi celda, sin saber cómo terminaría todo esto, sentí un destello de esperanza.

"Era un sentimiento que no podía entender, pero que sí podía sentir."

Ese pequeño destello de esperanza era mínimo, pero fue el comienzo de algo más grande. Era la posibilidad de cambiar, de soltar las cadenas de mi pasado. Este era el momento de decidir: ¿seguiría aferrado a mi dolor, a mi rechazo, o daría el primer paso hacia la sanidad?

Esa noche en mi celda fue diferente. No fue un milagro que lo cambió todo, pero hubo un cambio interno. Tal vez había llegado el momento de dejar de defender mis heridas, de dejar de aferrarme al dolor.

Tal vez era hora de, finalmente, permitir entrar el amor que siempre había evitado. Pero era una decisión que solo yo podía tomar. Y la pregunta era: ¿estaba dispuesto a tomarla?

REFLEXIÓN — LIBERARSE DEL DOLOR Y LA TRISTEZA

Liberarse del dolor y la tristeza es, en realidad, un proceso. A veces Dios hace algo sobrenatural, algo que no se puede explicar. Lo he vivido en carne propia, lo he visto en otros, en mi familia y en mi propia vida. A veces Dios nos libera de manera milagrosa, pero lo que siempre es evidente, es que hay un proceso. Un proceso de rendición, de perdón. Ese proceso nos lleva a la sanidad.

El perdón no es solo una decisión que tomamos, también es una promesa de Dios. Él nos recuerda que perdona nuestros pecados y que ya no los recuerda:

**"Porque seré propicio a sus injusticias,
y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades."**

(Hebreos 8:12)

Perdonar a las personas del pasado. Perdonar a esa persona que te hizo daño. Perdonar es tan importante. Es la clave para romper con las mentiras, las intimidaciones y el dolor que llevamos por dentro. Y Dios puede ayudarte en eso. Él puede ablandar tu corazón, sanar tus heridas, y reunir los pedazos rotos de tu alma. Dios está cerca, incluso cuando tu corazón está quebrantado. Precisamente en esos momentos, Él quiere consolarte y restaurarte:

**"Él sana a los quebrantados de corazón,
Y venda sus heridas."**

(Salmos 147:3)

Cuando Dios sana tu corazón, transforma también tus pensamientos. Cambia no solo la forma en que te ves a ti mismo, sino también tu actitud hacia los demás. Sin dolor, sin amargura. Solo dejar ir. Perdonar y soltar es un proceso, pero siempre conduce a la sanidad. El perdón de Dios no es solo algo que recibes, sino algo que también estás llamado a dar. Él nos llama a perdonarnos los unos a los otros, así como Él nos perdonó:

**"Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos,
perdonándoos unos a otros,
como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo."**

(Efesios 4:32)

Todo sucederá dentro de un proceso, pero el primer paso es reconocer que no fuiste creado para cargar con este dolor y esta amargura. Mírate en el espejo. Y mira cómo Dios te ve. Él no te ve como alguien que debe quedarse en el sufrimiento, sino como alguien que puede vivir en Su amor y libertad.

Dios te invita a no llevar más estas cargas solo. Si estás cansado de luchar, del dolor, de la tristeza — escucha Sus palabras:

**"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados,
y yo os haré descansar."**

(Mateo 11:28)

Dios no quiere que lleves esto solo. No fuiste creado para estar atado al dolor, sino para ser libre.

CAPÍTULO 5 — LA DECISIÓN DE SEGUIR A JESÚS

Después de aquella noche en el taxi, ya no podía mirar mi vida de la misma manera. Había estado al borde tantas veces, pero esta vez fue diferente. Había algo que no podía explicar, algo que me sacudió por dentro. Como si el velo que durante años cubría mis ojos por fin hubiera sido levantado. En lo más profundo sabía que, si seguía por el mismo camino, tal vez la próxima vez no tendría otra oportunidad.

Pero, ¿cómo se sale de una vida que es lo único que conoces? Mis amigos, mi entorno, todo giraba en torno a la violencia, las drogas y el poder. Ese era mi mundo, el único que conocía. Si dejaba todo eso atrás, lo perdería todo. Sin dinero, sin estatus, sin protección. ¿Qué quedaría de mí si ya no era ese al que todos temían?

Luchaba con ese pensamiento. El miedo a perderlo todo casi me paralizaba. Porque, siendo honesto, no sabía quién era sin la violencia, sin la adrenalina de una pelea, sin ese control que creía tener sobre los demás. Yo había sido formado por mi pasado, por la calle, por las lecciones duras de la vida. ¿Cómo podía elegir otro camino sin pagar el precio? ¿Acaso existía todavía un camino de regreso?

Empecé a recordar mi infancia. Aquella vez que, con solo seis años, estaba sentado en la iglesia y pensé: *“Cuando sea grande, quiero seguir a Jesús.”* Esas palabras, tan inocentes y puras, ahora sonaban como el eco de un sueño olvidado. Aquel niño había quedado enterrado bajo capas de dolor, rabia y pecado. Pero, ¿por qué ese pensamiento volvía una y otra vez? ¿Por qué ahora? ¿Era casualidad, o era Dios quien trataba de mostrarme algo?

Una noche, ya no pude escapar de la inquietud que había en mi corazón. Estaba solo, en una habitación llena de humo, con el olor de cigarrillos quemados y los restos de mi vieja vida. Una mesa cubierta de botellas vacías, un cenicero lleno, una pistola al alcance, como si fuera una extensión de mi cuerpo. Me miré al espejo. Mis ojos estaban vacíos, huecos. Mi rostro marcado por años de lucha, de noches sin dormir, por las drogas que me habían consumido. Ya no veía al hombre que pensaba ser — fuerte, intocable. Veía a un ser roto. Un hijo perdido.

Por primera vez, no pude seguir engañándome. No era el dueño de mi vida. No tenía el control. Era prisionero de mis propias decisiones, de mis propios pecados, de mis propios miedos. Me dejé caer de rodillas. No porque supiera cómo se oraba. No porque tuviera todas las respuestas. Sino porque ya no tenía a dónde más ir.

“Dios,” susurré. “Si de verdad estás ahí... si realmente puedes salvarme... hazlo. Ya no puedo más.”

Esperé. La habitación quedó en silencio. No hubo una voz audible desde el cielo, ni ángeles descendiendo. Ningún milagro dramático. Pero algo en mí cambió. Una paz. Una presencia que no podía explicar. Era como si una mano invisible me envolviera, como si alguien dijera: *“Estoy aquí. Te he visto. Nunca me fui.”*

Y entonces lo supe. Dios nunca me había abandonado. Yo fui quien se alejó. Pero Él siempre me había estado esperando.

Ese momento no lo cambió todo de inmediato. La lucha no terminó al instante. Al día siguiente desperté con los mismos problemas, las mismas tentaciones. Mis amigos no desaparecieron, y el mundo a mi alrededor no se transformó de repente.

Pero yo había cambiado.

Me levanté sabiendo que no podía seguir como antes. Tenía que romper las cadenas. Tenía que encontrar otro camino. Y esta vez sabía que no tenía que hacerlo solo. El camino hacia la libertad no sería fácil. Pero por primera vez tenía esperanza. Había tomado una decisión. Una decisión por Jesús.

Y eso lo cambiaría todo.

REFLEXIÓN — UN NUEVO COMIENZO: ESPERANZA EN CRISTO

Tal vez tú mismo has estado atrapado. Tal vez no en una prisión literal, pero sí en una situación de la que no parece haber salida. Tal vez luchas con una adicción — ya sea a las drogas, al alcohol, o cualquier otra cosa que controle tu vida. Tal vez te consume la preocupación, el miedo, o el dolor por alguien a quien amas. También puede ser que estés atado a patrones del pasado, hábitos que una y otra vez te arrastran hacia una vida que en realidad no deseas vivir.

A veces te paras frente al espejo y te preguntas: ¿Quién soy? ¿Quién puedo llegar a ser? Tal vez te preguntas cómo Dios te ve. ¿Todavía soy amado? ¿Aún hay esperanza para mí? Luchas con la pregunta: ¿Cuál es el propósito de mi vida? ¿Por qué estoy aquí?

No eres el único que se ha hecho esas preguntas. En la Biblia vemos a muchas personas que enfrentaron situaciones donde no veían salida. Pero una y otra vez, Dios demuestra que sí hay esperanza, incluso para los que se sienten perdidos:

**"Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová,
pensamientos de paz, y no de mal,
para daros el fin que esperáis."**

(Jeremías 29:11)

Tal vez hoy tu vida se siente como un laberinto sin salida, pero Dios ve más allá. Él tiene un plan para ti, un futuro lleno de esperanza. Tú no naciste por casualidad. No eres un

accidente. Tal vez estás cansado de buscar, de cargar tus pesos tú solo. Jesús te hace una invitación:

**"Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados,
y yo os haré descansar."**

(Mateo 11:28)

Jesús te llama hoy. Él te dice: Ven tal como eres. No necesitas cambiarte primero. Yo te cambiaré. Yo te sanaré. Yo te haré libre.

¿Quieres dar ese primer paso hoy? Clama a Él, como yo lo hice una vez. Él está más cerca de lo que crees. Y si lo buscas con todo tu corazón, lo encontrarás:

**"Y me buscaréis y me hallaréis,
porque me buscaréis de todo vuestro corazón."**

(Jeremías 29:13)

Tú eres amado. Hay esperanza. Hay un futuro. Y ese futuro comienza hoy.

CAPÍTULO 6 — EL LLAMADO Y LA CONFIANZA EN JESÚS

La noche en que oré por primera vez en años se sintió como un punto de inflexión. No solo porque pronuncié las palabras, sino porque las decía en serio: *“Sácame de aquí, lo he intentado mil veces. Puedes tomar mi vida — no puedo hacer esto solo.”*

Me arrodillé, la cabeza inclinada, los puños apretados contra el suelo frío. Estaba agotado. Cansado de pelear, cansado de fallar, cansado de mí mismo. Toda mi vida había creído que debía ser fuerte, que no necesitaba a nadie. Pero allí estaba, roto, vacío y sin esperanza.

El silencio después de mi oración era ensordecedor. No hubo voz del cielo, ni relámpagos, ni un cambio visible. Pero en lo profundo... algo cambió.

Sabía que ya no podía seguir viviendo como antes. Pero saber que tienes que cambiar y realmente cambiar son dos cosas completamente distintas. Mi pasado colgaba como pesadas cadenas alrededor de mi cuello. Me sentía como un prisionero, encerrado en mi propia historia. Las voces en mi mente gritaban: *“No eres suficiente.”* *“Has ido demasiado lejos.”* *“No hay camino de regreso.”*

Pero en medio de esa oscuridad, una voz distinta susurraba. Suave, pero inconfundible: *“No me he rendido contigo.”*

Era apenas audible, casi ahogada por los gritos de culpa y vergüenza. Pero estaba ahí. Y cuanto más escuchaba, más fuerte se volvía.

Cuando cumplí 26 años, comencé a sentir un llamado más profundo. No fue una voz fuerte del cielo, como tal vez había imaginado. No apareció un ángel frente a mí con un mensaje claro. Era un impulso constante en mi corazón, una convicción creciente de que Dios quería hacer algo grande con mi vida. Pero primero tenía que ser preparado.

Sabía que no podía cambiar todo de una sola vez. Años de patrones, dolor reprimido, adicciones que me mantenían en pie—era como intentar girar un barco que llevaba años navegando en la misma dirección. Pero una cosa era segura: no podía volver atrás.

Paso a paso, Dios empezó a quitar cosas de mi vida. Algunas las solté sin dificultad, pero otras se aferraban a mí como cadenas que se negaban a romperse. De manera milagrosa, la mayoría de las adicciones desaparecieron—las drogas, el alcohol, las noches en las que me perdía—casi de un momento a otro, como si Dios las hubiera sacado de mis manos de un solo golpe. Pero fumar... eso fue otra historia. Eso no se fue de inmediato. Era como si esa cadena estuviera más profundamente anclada, como si tomara más tiempo hasta que también pudiera romperse.

Comparado con todo lo que había dejado atrás, parecía insignificante. Pero la lucha fue intensa. Cada vez que intentaba dejarlo, la adicción me arrastraba de nuevo. Había roto con todo lo que me destruía, y sin embargo, ese cigarrillo todavía tenía poder sobre mí. ¿Por qué? Tal vez porque era el último trozo de control que aún no estaba dispuesto a soltar.

Cada intento fallido se sentía como una derrota. Pero cada vez que caía, oía esa misma voz suave: *“No te rindas. Yo te haré libre.”*

Tardó más de lo que quería. Pero un día sucedió. No fue un momento dramático, ni una revelación repentina. Simplemente, un día, la necesidad se fue. Desapareció. No por mi fuerza, sino por Su poder.

Me di cuenta: Él no solo me había liberado de mis adicciones; me había liberado del miedo a soltarlas.

Medio año después la conocí a ella. Desde el primer momento supe: esto no es una coincidencia. Ella era diferente. No me miraba como los demás—como si mi pasado definiera quién era. Ella veía algo más. Algo que ni yo mismo estaba seguro de poder creer: un hombre restaurado por la gracia.

Nuestro amor no era solo una relación; era un viaje. Comenzamos a crecer juntos—no solo en el amor, sino también en la fe. Aprendimos a confiar en Jesús, a caminar por fe, incluso cuando no teníamos idea de a dónde nos llevaría el camino.

No teníamos un plan perfecto para el futuro. Hubo momentos de duda, momentos en los que no sabíamos cómo continuar. Pero cada vez que mirábamos hacia atrás, veíamos las huellas de Dios en nuestras vidas.

Dios me había salvado cuando estaba profundamente en la oscuridad. Me había protegido en momentos en que no lo merecía. Pero ahora empezaba a entender: Él no solo me había salvado para sobrevivir. Me llamaba a vivir.

El llamado se hizo más fuerte. Al principio fue solo un susurro, un sentimiento silencioso en mi corazón. Pero con el tiempo se convirtió en una misión innegable: Dios había preparado algo para mí.

¿Qué exactamente? Aún no lo sabía. Pero una cosa era clara: no podía quedarme donde estaba. Esto era solo el comienzo.

REFLEXIÓN — LUZ EN LA OSCURIDAD

A veces se siente como si estuvieras atrapado. Oras, pero las respuestas no llegan. Sabes que Dios está ahí, pero no lo sientes. Parece que estás rodeado de oscuridad, como si estuvieras atascado en el lodo y no vieras salida. Pero incluso ahí, en la oscuridad más profunda, Dios te ve y te escucha. Precisamente en esos momentos Él te invita a clamar a Él, porque promete que responderá:

"E invócame en el día de la angustia;

Te libraré, y tú me honrarás."

(Salmos 50:15)

El silencio de Dios no significa que Él esté ausente. Piensa en Job, que luchaba con el sufrimiento y aún así sabía quién era Dios. Job no podía ver ni sentir a Dios, pero sabía que Dios lo conocía y veía su camino, incluso cuando él mismo ya no lo comprendía:

"He aquí yo iré al oriente, y no lo hallaré;

Y al occidente, y no lo percibiré;

Si muestra su poder al norte, yo no lo veré;

Al sur se esconderá, y no lo veré.

Mas él conoce mi camino;

Me probará, y saldré como oro."

(Job 23:8–10)

Job entendía que Dios lo veía incluso en medio de sus pruebas, aunque no siempre lo sintiera. No importa lo que te rodee —oscuridad, miedo o caos— eso no cambia quién es Dios. Su luz sigue siendo más fuerte que cualquier sombra:

"Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos:

Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él."

(1 Juan 1:5)

Incluso cuando estás rodeado de miedo, depresión o patrones que parecen controlar tu vida, Él sigue ahí. David sabía que la cercanía de Dios no significaba ausencia de oscuridad, sino consuelo en medio de ella:

**"Aunque ande en valle de sombra de muerte,
No temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo;
Tu vara y tu cayado me infundirán aliento."**

(Salmos 23:4)

Caminar con Dios significa aprender a confiar, incluso en el proceso. A veces ese proceso es difícil, lleno de momentos de soltar y rendirse. Pero recuerda esto: Sus ojos están puestos en ti.

**"Los ojos de Jehová están sobre los justos,
Y atentos sus oídos al clamor de ellos."**

(Salmos 34:15)

Jesús tiene Su mirada sobre ti. Él es el Buen Pastor que no te abandona, no importa cuán profundo sea tu valle. Confía en Él, aférrate a Su promesa, y ten la seguridad de que Él te sostendrá durante todo el proceso.

"...y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.

Amén."

(Mateo 28:20)

CAPÍTULO 7 — DE ARUBA AL MUNDO

Miraba por la ventana del avión y veía cómo el océano interminable debajo de nosotros desaparecía, dando paso a una isla rodeada de aguas azul turquesa. Aruba. Nuestro nuevo hogar. Se sentía irreal. Todo lo que habíamos construido, todo lo que conocíamos, lo habíamos dejado atrás. Sin tierra firme bajo nuestros pies, sin seguridad. Solo la voz de Dios que nos había llamado.

Cuando entramos al área de llegadas, sentí una mezcla de emoción y tensión. No sabíamos exactamente qué nos esperaba, solo que debíamos estar allí. Sin red de contactos, sin ingresos fijos, sin plan—excepto confiar en la dirección de Dios. Era como un salto al vacío, sin red de seguridad, pero con la certeza de que Él nos sostendría.

Los primeros días fueron una lucha. Caminábamos por las calles, explorábamos los alrededores, tratando de imaginar cómo se formaría nuestra vida allí. ¿Por dónde debíamos empezar? ¿Cómo plantar una iglesia en un lugar donde no conoces a nadie?

Por las noches, a menudo no podía dormir. El calor de la isla era diferente al que conocíamos, pero la inquietud en mi corazón era aún más intensa. ¿Había tomado la decisión correcta? ¿Era realmente este el plan de Dios, o me había dejado llevar por mi propia convicción?

Pero cada vez que la duda me invadía, recordaba la voz que me llamó. La misma voz que me había rescatado de una vida de violencia y adicción. La misma voz que me había

mostrado que había un futuro más allá de la oscuridad en la que había vivido. Y sabía: si Él pudo rescatarme de ese abismo, también podría guiarnos aquí.

Empezamos pequeño. Muy pequeño. En un espacio que apenas podía llamarse iglesia, nos reuníamos con unas pocas personas que estaban buscando. Algunos estaban rotos, otros atrapados en su pasado, como yo lo había estado. Anhelaban algo que no sabían cómo nombrar, pero yo sabía qué era. Buscaban a Jesús, aunque aún no lo supieran.

Los primeros servicios eran sencillos. Sin grandes sermones, sin bandas de alabanza impresionantes—solo nosotros, algunas sillas y la presencia de Dios. Pero en cuanto comenzábamos a orar y glorificar Su nombre, algo sucedía. Veía cómo los corazones eran tocados, cómo las personas comenzaban a llorar sin entender por qué. Dios estaba obrando.

No siempre fue fácil. Hubo momentos en los que nos sentábamos a la mesa preguntándonos cómo íbamos a pagar el alquiler del local. Momentos en los que estábamos agotados, sin saber si podríamos continuar.

Un día, cuando todo se sentía demasiado pesado, salí y miré las estrellas. “Dios,” dije, “*te necesitamos. Sé que Tú nos enviaste aquí, pero no podemos hacer esto solos.*”

Y como siempre, Él respondió. No con una voz audible, sino abriendo puertas que nosotros mismos no podíamos abrir. En los días siguientes comenzaron a llegar nuevas personas a las reuniones, personas que no sabían por qué habían venido, pero que luego nos contaban que habían escuchado una voz en su corazón que les decía: “*Ve.*”

Pero los mayores milagros ocurrieron en las vidas de las personas que conocimos. Recuerdo a una mujer que entró por primera vez en uno de nuestros servicios, su rostro marcado por el dolor. Llevaba años con un dolor físico que nada había logrado aliviar. Cuando oramos por ella, sintió un calor recorrer su cuerpo. El dolor desapareció al instante. Nos miró con los ojos muy abiertos, las manos temblorosas. “¿*Qué es esto?*” preguntó. “*Eso es Jesús,*” le respondí.

Vi a personas ser liberadas de adicciones, vi relaciones restauradas. Hubo un hombre que estaba atrapado en la amargura, el rencor y la ira. La primera vez que vino a nuestra iglesia, se sentó con los brazos cruzados, escéptico y cerrado. Pero esa noche Dios lo tocó. Comenzó a llorar, a temblar. Los muros alrededor de su corazón se derrumbaron. Más tarde nos dijo que nunca había sentido tanta paz.

Lo que comenzó como una pequeña semilla en Aruba, creció hasta convertirse en algo mucho más grande de lo que jamás habríamos imaginado. La gente empezó a invitarnos a compartir nuestro testimonio en otros países. Viajamos a lugares donde las personas luchaban con la misma oscuridad de la que yo había sido rescatado. Vimos cómo el poder de Dios era universal, cómo el mismo Jesús que me había salvado, también salvaba a otros.

A veces hablábamos desde grandes escenarios, frente a miles de personas. Otras veces estábamos en cuartos pequeños, con solo unas pocas personas, y veíamos cómo Dios obraba con el mismo poder que en un auditorio lleno.

No merecía nada de lo que Él me dio. Fue gracia. Pura gracia inmerecida.

Y lo supe: mientras tuviera aliento, seguiría contando mi historia. Porque si Él pudo salvarme a mí, puede salvar a cualquiera.

REFLEXIÓN — PEQUEÑOS PASOS, GRANDES PROMESAS

A veces miramos a nuestro alrededor y nos cuesta tomar decisiones. Nos preguntamos: *¿Estamos haciendo lo correcto?*, mientras llevamos tanto tiempo atrapados en la incertidumbre. Queremos avanzar, pero el futuro parece vago e incierto.

Sin embargo, muchas veces son precisamente los pequeños pasos los que marcan el comienzo de cosas grandes—cosas que aún no podemos ver, pero que Dios ya ha preparado. Estos pasos nos conducen a los caminos de Dios, a Sus planes, y a los ríos de bendición que Él tiene para nosotros.

Dios tiene un plan para ti y para mí. Él quiere guiarnos hacia ríos que fluyen con vida y abundancia.

**"Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová,
pensamientos de paz, y no de mal,
para daros el fin que esperáis."**

(Jeremías 29:11)

Esta promesa nos recuerda que Dios no quiere que quedemos atrapados en la incertidumbre. Él nos llama a dar pasos de fe, incluso cuando no podemos ver todo el camino.

La Biblia dice que ríos de agua viva brotarán desde nuestro interior. Esto significa que, cuando confiamos en Dios, Su vida y Su poder fluirán a través de nosotros. El mismo Jesús dijo:

**"El que cree en mí, como dice la Escritura,
de su interior correrán ríos de agua viva."**

(Juan 7:38)

¡Esta es una promesa poderosa! Cuando damos pequeños pasos de fe, Dios puede llenarnos con Su Espíritu y guiarnos por caminos que jamás habríamos imaginado.

Nos corresponde a nosotros dar los primeros pasos—buscar a Dios, pedir Su voluntad, y luego caminar con confianza. Incluso si no vemos todo el panorama de inmediato, podemos confiar en que Él nos ve y dirige nuestros caminos.

**"Lámpara es a mis pies tu palabra,
Y lumbrera a mi camino."**

(Salmos 119:105)

Esto significa que no tenemos que entenderlo todo. No debemos temer al futuro, porque Dios conoce el camino. Nuestra tarea es dar pequeños pasos de obediencia y confiar en Él en todo.

Tal vez hoy estás en una encrucijada, sin saber qué dirección tomar. Recuerda esto: Dios tiene promesas para ti. Él quiere guiarte por caminos de vida y abundancia. Lo único

que Él te pide es que des pequeños pasos de fe—que busques a Él, confíes en Él, y sigas caminando en Su dirección.

Y mientras camines, Él dirigirá tus pasos.

CAPÍTULO 8 — EL GRAN MILAGRO

El mayor cambio en mi vida no fue salir de la cárcel. Ni siquiera fue ser liberado de mis adicciones. Fue algo mucho más grande. El verdadero milagro fue que Dios transformó por completo mi corazón.

Yo era un hombre que había caído tan profundamente en la oscuridad que no sabía si aún había un camino de regreso. El mal se había extendido como veneno por mi alma, y cada día parecía un paso más lejos de la redención. Mis manos habían peleado, mis palabras habían herido, mis decisiones habían destruido. Pero a pesar de todo, Dios hizo lo imposible: trajo luz a mi oscuridad y le dio un nuevo propósito a mi vida.

Hubo noches en las que me quedaba despierto preguntándome por qué yo había sido salvado. ¿Por qué Dios no se había rendido conmigo? Lo había decepcionado una y otra vez. Había prometido cambiar, pero siempre recaía. Y sin embargo... cada vez que estaba a punto de ahogarme en mi antigua vida, ahí estaba esa voz suave pero inconfundible: *“Aún no he terminado contigo.”*

Poco a poco comencé a entender por qué Dios no se había rendido conmigo. No solo para salvarme, sino para usarme. Para hacerme un instrumento en Sus manos, para que pudiera mostrar a otros que hay esperanza, incluso para aquellos que creen que ya es demasiado tarde.

Alguna vez pensé que era el único que luchaba. El único que lloraba en la soledad de la noche. El único atrapado en un ciclo de ira, adicción y dolor. Pero cuando empecé a

compartir lo que Dios había hecho en mi vida, lo vi. En todos los lugares a los que iba, me encontraba con personas rotas. Personas con el mismo miedo en los ojos, las mismas heridas en el corazón, el mismo vacío que alguna vez estuvo en mí.

Lo vi en el hombre que llevaba veinte años luchando con las drogas. Se acercó a mí temblando, los ojos enrojecidos por noches sin dormir. “*Hermano,*” susurró, “*ya no quiero esto. Pero no sé cómo salir.*” Reconocí su lucha, porque una vez fue la mía. Y supe: por esto me salvó Dios.

Lo vi en la mujer que había sido abusada, que había perdido toda confianza en el mundo. Contó su historia con lágrimas en los ojos, y yo no podía hacer más que escuchar. Pero cuando me preguntó: “*¿Tú crees que Dios todavía puede amarme?*”, pude mirarla directamente a los ojos y decirle: “*Sí. Con todo lo que Él es.*”

Lo vi en el hombre que estaba a punto de dejar a su familia. Su ira lo dominaba, igual que a mí alguna vez. “*Yo no fui hecho para el amor,*” dijo. “*Estoy demasiado roto.*” Pero yo sabía otra cosa. Porque si Dios me pudo cambiar a mí, puede cambiar a cualquiera.

Cada vez que veía a alguien arrepentirse, un corazón roto sanado, un adicto liberado—sentía que todo lo que había vivido cobraba sentido. Mi salvación no era solo para mí. Era para mostrarle al mundo que Jesús da vida de verdad.

Comenzó con encuentros pequeños, conversaciones breves. Pero entonces sucedió. Comencé a ser testigo de milagros que superaban mi comprensión.

Estaba en una pequeña sala en un barrio pobre. La gente entraba, algunos con hambre, otros con profundo dolor en la mirada. Un hombre estaba en silla de ruedas, su rostro apagado por una vida que lo había destruido. Oramos por él. No fue una oración rápida ni un acto religioso vacío, sino un clamor sincero a Dios. Y entonces... se movió. Primero temblando un poco, luego más. Antes de que nos diéramos cuenta, se puso de pie, con lágrimas en las mejillas. Nos miró, como si no pudiera creerlo. "*Siento mis piernas,*" susurró.

Había una joven atada por fuerzas ocultas. Había estado involucrada en brujería y tenía una oscuridad a su alrededor que casi se podía tocar. Cuando comenzamos a orar, ella temblaba, luchando con una fuerza que no quería soltarla. Pero el Nombre de Jesús es más fuerte. La vimos ser liberada, sus ojos se iluminaron, su respiración se calmó. Y con una voz que ya no estaba deformada por la oscuridad, dijo: "*Soy libre.*"

No eran solo historias. Eran momentos en los que el cielo tocaba la tierra. No siempre sucedía como yo lo esperaba, pero siempre era poderoso. Y cada vez que pensaba que ya había visto el mayor milagro, Dios me mostraba algo aún más grande.

Pero de todos los milagros—las sanidades, las liberaciones, las transformaciones—hubo uno que siempre fue el más grande: cuando alguien creía en Jesús y le entregaba su vida.

El mundo piensa que los milagros deben ser espectaculares. Pero yo aprendí que el verdadero milagro ocurre en el corazón. Cuando miraba a alguien a los ojos y reconocía ese vacío—el mismo que una vez estuvo en mí—sabía: por esto murió Jesús. Este es el momento por el que vivo.

A veces me preguntaban: “¿Por qué Dios me amaría?” Y siempre respondía:
“Porque ya lo ha demostrado. En la cruz.”

Hubo días en los que yo mismo no sabía cómo seguir. Cuando el desafío parecía demasiado grande, cuando el futuro era incierto, cuando las dudas susurraban que no podía. Pero entonces recordaba... Aquel que me sacó de la oscuridad, no me dejará caer. Él me dio la fuerza para seguir, para hablar, para seguir creyendo.

Y ahora veo cómo Dios, a través de mi quebranto, sana a otros.

Ese es el milagro de mi vida.

No que fui liberado de la cárcel.

No que fui rescatado de las adicciones.

Sino que Dios usó a un hombre perdido como yo para llevar Su luz.

Porque si lo hizo conmigo, puede hacerlo con cualquiera.

REFLEXIÓN — DIOS QUIERE USARTE A TI

Hoy puedo contar miles de testimonios de sanidades, miles de milagros, personas que han sido restauradas. Dios hace cosas extraordinarias. Y lo más extraordinario es esto: Dios quiere usarte a ti.

Él quiere usarte. Él quiere obrar poderosamente en tu vida. Lo que parece imposible a tus ojos, no es demasiado grande para Él. Porque...

**"He aquí que yo soy Jehová, Dios de toda carne;
¿habrá algo que sea difícil para mí?"**

(Jeremías 32:27)

Lo que Él ha hecho por otros, también lo puede hacer por ti. Y no solo quiere hacer algo para ti, sino también a través de ti.

Vendrán más libros que escribiré, pero esto no se trata solo de libros. Dios quiere contar una historia a través de tu vida. Quiere mostrar, por medio de ti, lo que Él puede hacer. Tal vez no sea con palabras escritas, sino con la forma en que vives, hablas y actúas. Él quiere que Su poder, Su amor y Sus milagros se hagan visibles en ti. Fuiste creado con un propósito. El plan de Dios para tu vida va más allá de solo recibir — Él también te llama a caminar en ello:

**"Porque somos hechura suya,
creados en Cristo Jesús para buenas obras,**

**las cuales Dios preparó de antemano
para que anduviésemos en ellas."**

(Efesios 2:10)

Tu vida no es un accidente. Dios tiene un propósito contigo. Tiene un plan, un destino, y solo espera tu "sí".

¿Estás dispuesto a entregar tu vida completamente a Dios? ¿A confiar en Él, incluso cuando no entiendes todo? Eso va más allá de solo asistir a la iglesia.

¿Te atreves a confiar en Dios para el próximo paso en tu vida?

¿Te atreves a soñar en grande?

¿O tal vez a obedecer en las cosas pequeñas y ocultas que Dios te pide? ¿Cómo tomar esa decisión cuando aún no ves claramente el camino?

"Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar;

Sobre ti fijaré mis ojos."

(Salmos 32:8)

Dios no te pide perfección, te pide confianza. Te pide un corazón que diga:

"Señor, aquí estoy. Úsame." ¿Cuál es tu respuesta hoy?

EPÍLOGO — EL FINAL ES SOLO EL COMIENZO

Este libro es solo el comienzo de un viaje mucho más grande. La historia que has leído aquí es solo una fracción de todo el proceso de cambio, restauración y crecimiento que he vivido. Las experiencias que he compartido son profundamente personales, pero hay mucho más por contar—momentos de lucha, victorias y una relación cada vez más profunda con Dios.

En la versión completa de este libro, que actualmente está en desarrollo, compartiré más detalles y testimonios. Profundizaremos en los desafíos, los avances, y en los momentos en los que la gracia de Dios se hizo visible de las formas más inesperadas. Este libro no es solo mi testimonio, sino una invitación para todos los que están en búsqueda de redención, libertad y esperanza.

Creo que esta historia más amplia, con toda su profundidad y enseñanzas, animará a muchos. Mi oración es que mi camino inspire a otros a emprender su propio viaje con Dios—para romper con todo lo que los ata y experimentar Su amor y Su gracia.

El viaje está lejos de terminar. Este libro es solo un capítulo de una obra mucho mayor que aún se está escribiendo, tanto en el papel como en la vida misma. Estoy seguro de que aún veremos muchos más milagros.

AYÚDANOS A COMPARTIR ESTA HISTORIA

Queremos que la mayor cantidad posible de personas puedan recibir este mensaje de forma gratuita. Por eso regalamos todos los libros, sin costo alguno, para que todos—sin importar su situación—puedan leer este mensaje de esperanza y redención.

¿Te gustaría invertir en este ministerio y en los muchos viajes que se están realizando actualmente? Y además: ¿estás dispuesto a sembrar en el Reino de Dios? Siéntete completamente libre de dar lo que desees. Tu apoyo nos ayuda a seguir compartiendo el evangelio, a alcanzar más personas y a transformar vidas.

NÚMERO DE CUENTA

Life Church Aruba Foundation

- **Número de cuenta bancaria: 7700000100387889**
- **Banco: RBC Royal Bank (Aruba) N.V.**
- **Código SWIFT: RBTTAWAW**
- **Nombre: Life Church Aruba Foundation**

Awake and Revival

Esta plataforma también ofrece la posibilidad de donar desde distintos países, lo cual nos ayuda a respaldar nuestra misión a nivel global:

www.awake-revival.org/donations

Gracias por tu apoyo, tus oraciones y tu compromiso. Estoy agradecido de haber podido compartir esta primera parte contigo y espero con ilusión poder compartir la historia completa.

Que la gracia de Dios te envuelva y te muestre que ningún pasado es demasiado grande para Su redención.